



## CONCLUSION.



**A**n cuando según las estipulaciones del protocolo los tratados de paz deberían ya haberse concluido y firmado por los representantes de España y América en los momentos en que damos á la imprenta este rápido bosquejo de los sucesos de la guerra hispano americana, no llegan todavía á ponerse de acuerdo en las bases esenciales los comisionados para subscribir ese importante documento histórico. Llegarán á un arreglo, no lo dudamos, pero hubiéramos deseado poder consignarlo así en nuestro libro. Debemos ahora publicar á continuación algunos documentos y juicios que dan á conocer el verdadero estado de la opinión pública respecto á los tristes sucesos que acabamos de referir.

En ellos damos lugar preferente al juicio crítico del Señor Andrés Barral y Arteaga distinguido miembro de la colonia española en la ciudad de México, y á quien debemos la narración de la batalla en que fué destruida la escuadra en Cavite, según manifestamos en el lugar que corresponde.

Siguiendo la práctica que hemos observado en el curso de nuestro trabajo, insertaremos también un artículo americano, que aunque no está escrito en un tono más apropiado para una obra de historia, da á conocer el semblante de la opinión en general respecto de la guerra.

He aquí el artículo de que hablamos:

“Los Estados Unidos y España consideraban ir á la guerra; mútua y lentamente se preparaban. Un bello día voló el «Maine,» precisamente cuando la situación exigía que no volara ni una mosca, y la guerra se improvisó en un mes. ¡Estupefacción en el orbe!

El primero que se lanzó al combate fué el Comodoro Dewey con una ligera y pequeña escuadra de cruceros protegidos y sencillos que sólo contaban con una ración de carbón y pólvora en su vientre. El Comodoro esperaba el triunfo como todos los comandos, destruyendo parcialmente la escuadra enemiga,

como ha sucedido casi siempre en las numerosas batallas navales que nos presenta la historia; pero he ahí que en las aguas Filipinas en tres horas la escuadra total española es echada á pique, tomados los fuertes del Corregidor y Cavite, y la ciudad de Manila á punto de rendirse. En el programa del pueblo americano estaban las esperanzas de un gran triunfo naval, pero no mixto, naval y territorial. La conquista de Cavite en tres horas, parecía título de vista de panorama, y todo el mundo abrió los ojos con inmensa estupefacción.

El pueblo americano, estupefacto, dió á todos los recién nacidos desde ese día el nombre de *Dewey*, y pensó que si Manila le caía en los labios, estaba obligado á tragarse el Archipiélago. Pero las potencias estupefactas, porque estaban seguras que la guerra era un problema puramente antillano, experimentaron cólicos diplomáticos al conocer que la cuestión asiática se había ingerido. Alemania fué la más expresiva en sus gesticulaciones y *pulsó* á sus colegas. Inglaterra se mantuvo simpaticadora de la causa americana, y Francia dijo: «esta cuestión antillana, ya se volvió asiática, y si nos metemos algo más se volverá europea.» España, que buscaba la conflagración general, consideró seguro el aniquilamiento del Comodoro Dewey por los cuatrocientos catorce acorazados y cruceros de las potencias, bombardeando la bahía de Manila con cuatro mil doscientos cañones. Este espectáculo de dibujo diplomático volvió á dejar á los americanos estupefactos y desconcertados, no obstante su gran afición á los juegos atléticos.

Entre tanto, al Almirante Cervera, Almirante de la primera escuadra española, que debía estar en todas partes, sin que se supiera dónde estaba, se le ocurrió precipitarse en la redoma de Santiago de Cuba. ¡Principio de estupefacción en las autoridades navales!

Los americanos trataron de tapar la botella con un buque, y cuando se convencieron de que no era posible, dispusieron destruir la escuadra desde las nubes con globos proyectores de explosivos terribles. Invaden la provincia de Santiago y se encuentran tirado como un alfiler sin dueño, todo un ferrocarril, con sus locomotoras, furgones, etc., para el transporte de su material.

El día 3 de Julio se le ocurre á Cervera salir, y todos sus buques y torpederos, sin excepción, son destruidos en dos horas.

Ningún táctico había soñado en que un buque blindado como el «Blooklyn» hubiese podido destruir verdaderos acorazados. Desde entonces las autoridades navales no duermen ni comen, ni hacen cálculos. Los ingleses, reyes del mar, dicen en su profunda estupefacción: «Al diablo las corazas: lo que vale es la artillería excelente, con excelentes artilleros.»

En todos los libros modernos de guerra naval figuran los torpederos y contra torpederos, como el barco terrible por excelencia, barco vencedor en el porvenir. Un sabio Almirante francés cuando estalló la actual guerra dijo: «Ganará el que tenga mayor número de torpederos.»—«¡Oh los torpederos!»—dijeron las publicaciones especialistas navales. Francia se pavoneaba por ser la potencia que cuenta con más torpederos, doscientos sesenta.

*La flotilla torpedera de Cabo Verde* se hizo legendaria, fantástica, como el buque negro de leyenda lírica verdaderamente de Wagner. Los americanos habían dicho antes de la guerra que no la declararían, si la flotilla torpedera atravesaba el Océano, pues la consideraban como un gran peligro. Un Comodoro americano dijo: que solo el Océano en tempestad podía conjurar el peligro como aliado de la causa americana. El Capitán del acorazado «Oregon» declaró con franqueza que con un buque solo le haría con gusto frente á los cuatro acorazados de Cervera, pero que, verdaderamente, temblaba al figurarse que aparecieran los *destruidores*.—«¡Qué nombre! ¡Destruidores!»

Alemania se hizo votar por sus dos Cámaras la suma necesaria para la construcción de sesenta *destruidores torpederos*. Inglaterra tomó por entero al gran fabricante Thornicrof; Rusia ordenó se emplearan seis millones de rublos para aumentar su flota torpedera; Francia dispuso que de los gastos extraordinarios de marina, guerra, comercio y agricultura, se tomaran algunos millones de francos para mantener la supremacía de la flota torpedera. El Congreso de los Estados Unidos, ordenó que se construyeran inmediatamente doce torpederos, luego veinticuatro, luego cien. Los habitantes del globo corrían peligro de quedarse sin camisa, pues todo el algodón producido debía en lo sucesivo convertirse en algodón pólvora.

«¡Oh día 3 de Julio, memorable contra la raza torpedera! Ya en Filipinas había sacado las narices un torpedero y se le obligó á meterlas en el fondo del mar. *Las autoridades navales del mundo dijeron* «¡fué una casualidad!» Luego el torpedero «Winslow» penetró en Cárdenas y tuvo que retirarse ante un cañonero. Después, el destructor «Terror» salió de Puerto Rico, y no un acorazado, sino un simple crucero auxiliar sin protección ni blindaje, lo hizo huir á cañonazos. Las autoridades navales dijeron «no debe ser cierto, porque los destructores no fallan, el álgebra de los explosivos así lo asegura.» El día de la destrucción de la escuadra de Cervera fué el último día de prestigio de los torpederos destructores. El mundo naval y el militar se han quedado estupefactos, ni un hombre, ni un torpedero se salvó, y se fueron á pique sin causar siquiera un rasguño.

Aguinaldo por su parte, se aprovecho del triunfo de los americanos en Manila, y al día siguiente que el Capitán General Primo de Rivera aseguraba en el Senado español que los tagalos estarían siempre al lado de España, el mundo se quedó estupefacto al saber que Aguinaldo en quince días había hecho una campaña, conquistando toda la isla de Luzón hasta llegar á sitiar Manila con 50,000 hombres. Las autoridades militares de las potencias nunca sospecharon que entre los tácticos modernos tendría que figurar un tagalo, llamado Aguinaldo como los juguetes de Noche Buena.

Aguinaldo por su parte, también está estupefacto y viendo los gestos que hacen las potencias á los designios de los Estados Unidos, está guiando su política por cierta filosofía y quiere un protectorado de muchos protectores, lo que no era esperado en los Estados Unidos.

El general Shafter asedia Santiago de Cuba, sale victorioso en la sangrienta batalla de Caney, intima la rendición al general Toral, éste consulta al general Blanco, quien á su vez consulta á Sagasta, y se resuelve que se rindan no solamente los sitiados, sino también los que no lo están. Mac Kinley resulta estupefacto, lo mismo Shafter lo mismo el pueblo americano, lo mismo todo el mundo.

Por último, los cubanos en armas han quedado estupefactos, al ver que Shafter después de la toma de Santiago, confiere la autoridad civil á un Ayuntamiento español y él conserva la militar. Los españoles estupefactos aceptan el poder municipal en los momentos en que esperaban morir dentro de los muros derruidos de la ciudad. Esos españoles simpatizan ya con los norteamericanos, fenómeno que ha producido á su vez estupefacción á los españoles de fuera de Santiago, que sólo piensan en la actitud resuelta de los habitantes de Gerona y Zaragoza.

Resultado: los Estados Unidos, mandan que la campaña continúe, sin se sepa qué quieren. Sagasta siente los golpes, pero tampoco sabe lo que desean. El pueblo español está indeciso entre muchos problemas. A los cubanos si no se les entrega Cuba, no saben qué hacer. Aguinaldo también, no ve claro y marcha sin programa. Las potencias, entretanto, para no comprometerse, por estupefacción, han apagado las luces, dejando al sol el cuidado de alumbrar el mañana si le place.»



## OPINION ESPAÑOLA SOBRE LA GUERRA.

Vamos á permitirnos hacer un ligero examen de los antecedentes de la guerra hispano americana y sus resultados, procurando demostrar que la causa del desastre sufrido por España no ha sido otra que la ineptitud de su Gobierno.

Mientras estuvo al frente del Gobierno español el malogrado é inolvidable Cánovas del Castillo la previsión y el acierto guiaba los actos de aquel respetable cuerpo. Podíamos decir que entonces España no temía ni provocaba la guerra y sin embargo tomaba las precauciones que la prudencia aconseja; en otros términos, se disponía á la guerra, conforme á aquel apotegma antiguo: *Si vis pacem para bellum*; es decir, estaba prevenida contra cualquiera emergencia.

Ante los densos nubarrones que empezaban á oscurecer el cielo de nuestra patria el Gabinete Cánovas gestionó la compra de buques de guerra poco antes de su trágica muerte en el establecimiento balneario de Santa Agueda.

¿Por qué el Gabinete sucesor no dió cima á estas gestiones? No lo sabemos; pero nadie nos podrá dar una respuesta que disminuya en algo siquiera los graves cargos hechos al Gabinete de Sagasta por su falta de patriotismo.

Nadie se explica, sin pensar involuntariamente en alguna traición, cómo aquellos arreglos para la compra de buques de guerra hayan sido abandonados en víspera del conflicto con los Estados Unidos.

Con la desaparición de Cánovas del Castillo principian los errores y las torpezas del Gobierno.

El Gabinete presidido por D. Práxedes Mateo Sagasta abandona la política de su predecesor y sigue una línea de conducta opuesta á los intereses de la Nación.

No así el Gobierno americano que mientras ensaya la puntería de los cañones de sus numerosos buques de guerra aleccionaba al cónsul Wildam en Hong-Kong y al ministro Woodford en España para que obrando de concierto con los planes ideados por Mc. Kinley preparase el resultado que la diplomacia maduraba desde mucho tiempo antes.

El cónsul Wildam que estaba muy cerca de nuestro Archipiélago Filipino, conoció á la perfección la falta de defensas en estas colonias y la casi nulidad de nuestra escuadra de Manila, sostuvo constante comunicación con el Gabinete de Washington, desde su puesto de Hong-Kong, teniendo á éste muy al corriente de todo lo que se relacionara directa é indirectamente con la guerra. El infatigable cónsul no dió ni por un momento tregua á sus labores; pues logró por medio de astucias

ó por el dinero cerciorarse minuciosamente de la verdadera situación de Filipinas, ayudado por los numerosos agentes chinos é ingleses, pródigamente retribuidos. La atracción de los artilleros británicos para la escuadra de Dewey, fué uno de sus golpes más audaces.

Parece cosa averiguada, que por desgracia aún no se extirpa por completo en nuestro país esa maldita raza de los Oppas. Los sucesos que todos los españoles hoy lamentamos, han venido á revelarnos tan dolorosa realidad. Es necesario abrir una minuciosa averiguación y tomarles cuenta estrechísima á todos los individuos, sean quienes fueren, los cuales hayan tomado algún participio en los acontecimientos que tanto han consternado y aun consternarán á España. La salud nacional así lo exige y lo reclama.

¿Qué medidas tomó nuestro actual Gobierno para conjurar la horrorosa tormenta que amenazara á la Nación? Ninguna, absolutamente ninguna. Se nos objetará que fuimos estrechados y compelidos á la guerra; mas debemos hacer constar que nuestros políticos no agotaron todos los recursos de la diplomacia para evitarla, puesto que no nos encontráramos en condiciones de poderla aceptar con alguna probabilidad de buen resultado. Tampoco admitimos la hipótesis, de que el pueblo orilló al Gabinete de D. Práxedes á aceptarla. Lo único que hizo Sagasta fué llevar á la Nación á la contienda no por satisfacer la voluntad del pueblo, en el caso problemático que éste realmente la hubiese deseado, sino más bien por salvar á la actual dinastía irremisible y grandemente comprometida al no atender á la justas exigencias del país, hondamente indignado con las humillantes pretensiones del Gabinete de Washington. Creemos que la Patria está sobre todas las conveniencias, y ella es la que debe tener en todos los casos y circunstancias, el lugar preferente.

Y suponiendo, sin conceder, que el pueblo positivamente hubiese comprometido y obligado al Gobierno á recoger el guante arrojado por el coloso norte americano, ¿se había puesto ese mismo Gobierno á la altura de su misión, dadas las circunstancias por que atravesaba el país desde que se inició la revolución antillana? Nó; la América del Norte ya nos tenía declarada tácitamente la guerra desde hace mucho tiempo, demostrándonoslo con toda evidencia al impartirle franca protección á la guerra de Cuba. Pero nuestro apático Gobierno no se preocupó ante el grave problema presentado á nuestra Nación. No solamente dejó de evitar el mal, pero ni aún siquiera lo había previsto, como era su obligación. La malhadada autonomía concedida sin previo y concienzudo examen á los descontenta-

dizos cubanos, fué el principio de nuestro calvario, por más que se proclamara en enfático discurso, dicho en Zaragoza por D. Raimundo Moret, que la *autonomía era la paz*.

¿Qué preparativos tenía hechos nuestro Gobierno ante la inevitable perspectiva de la guerra? ¡Solemne burla! ni Cuba ni Puerto Rico, ni mucho menos las lejanas Islas Filipinas poseían los más indispensables elementos de defensa, llegándose hasta ignorar ó dejar de advertir la anticipada permanencia de la escuadra americana en las aguas asiáticas, que debía causar bien pronto nuestro primer desastre. El criminal abandono del Ministro de la guerra almirante Bermejo, fué tan grande que permitió zarpase del puerto de Cádiz la escuadra de Cervera llevando tan solo *treinta cartuchos por pieza de artillería*. No menos desdichada fué la táctica que observara su sucesor, el Ministro, capitán de navío, D. Ramón Auñón.

Es cosa comprobada que la escuadra carecía de carbón y municiones, faltándoles á los cabos de cañón la instrucción necesaria y la práctica indispensable para el buen manejo de la artillería, y era tan notoria la carencia de esos conocimientos en dichos cabos, que tan sólo habían hecho tres disparos, mucho tiempo antes con los cañones de 14 centímetros, y absolutamente ninguno con los de 28: esta aseveración ha sido ratificada por los mismos oficiales de nuestra Armada. ¿Querría decirnos el Sr. Ministro de Marina, para que servirán esos barcos en semejantes condiciones? ¿Quién ordenó á Cervera saliese de las posesiones portuguesas de Cabo Verde, y quien, por último, dispuso entrara á la ratonera de Santiago la escuadra de su mando, para abandonar mucho tiempo después esa bahía, y ser destrozada por la formidable flota de Sampson? Usted Señor Auñón y el general Correa así como su predecesor de Ud. el almirante Bermejo, son reos convictos del feo crimen de *lesa Patria*.

Ineptitud é imbecilidad supinas se necesitan para proceder con la punible torpeza con que ustedes han procedido en todo lo relativo á la desastrosa guerra que ha llevado á nuestro infelizmente país á la deshonra. ¿Y qué diremos de nuestros magnates políticos, que hemos de decir de esa turba infecta y dañina que á su debido tiempo desoyeron las incesantes indicaciones de nuestros cónsules, y de los marinos agregados á la legación española de la República Americana, cuando estos buenos servidores de la Patria anunciaron al Gobierno los preparativos y planes de lucha, del Gabinete de Washington, con tres años de anticipación? Tan indigno proceder no puede calificarse con los más duros y enérgicos epítetos. La maldición que arroje sobre ellos nuestra Patria sería débil y benigno castigo, dada la magnitud de sus delitos.

Hemos hablado de las pésimas condiciones y deficiencias de la escuadra de Cervera, que era, como si dijéramos, lo más florido de nuestra Armada. ¿Será necesario añadir alguna sílaba respecto á los *apolillados tablonés*, que manteníamos en las Filipinas? Indudablemente que es inútil hablar de ello.

Inconsecuente nuestro Gobierno no sólo con las leyes de la estrategia sino hasta con el sentido popular, que bien claro veía la inutilidad de nuestra pequeña escuadra en aguas cubanas, señalando, en medio de halagadora esperanza, la ruta del Cabo y el mar de las Indias, á fin de llegar todavía á tiempo para vengar la hazaña del comodoro Jorge Dewey. Poco hubiera hecho en Manila el contralmirante D. Pascual Cervera, si nos atenemos, como es natural á la situación que guardaban sus navíos, pero menos, muchísimo menos, llevó á cabo en su encierro de Santiago. Nos causa profunda y verdadera indignación tener que recordar la tan cacareada escuadra de Cámara, pero el deber que nos hemos impuesto nos obliga recordarla, aunque sea contra nuestra voluntad.

Mucho tiempo antes de que nuestros indefensos barcos de las Filipinas fuesen destrozados por los grandes cruceros norteamericanos, el contralmirante Montejó había reclamado con toda oportunidad el envío de un crucero de combate para reforzar en lo que fuera posible, su importante escuadra. Nuestro Gobierno no se ocupó absolutamente de la suerte de este bravo marino, abandonándolo á sus propias y escasas fuerzas con las que tuvo necesidad de hacerle frente al poderoso enemigo. Nuestras murallas de la capital del Archipiélago habían sido no sabemos por qué desartilladas, cambiándose las mejores piezas á Subic no para montarlas como era natural y preciso, atendiendo á la defensa de este puerto, sino para dejarlas tiradas y abandonadas entre la arena. Al país se le engañó miserablemente ofreciéndole con bombo inusitado que se enviarían con toda oportunidad refuerzos á Filipinas, de mar y tierra, alentándonos legítimamente los españoles con la iniciación de la partida la escuadra de Cámara del puerto de Cádiz, con rumbo al Archipiélago filipino. Pero nuestro regocijo pronto había de trocarse en profunda indignación, porque contra todo lo que nos esperábamos, y aunque, efectivamente zarpó dicha escuadra hácia el Oriente, su gira expedicionaria se concretó á visitar las aguas egipcias no pasando de Port-Said, regresando inmediatamente á la Península, después de haber realizado tan inútil viaje, costándole este á la Nación mucho dinero, por que además de los gastos indispensables, hubo necesidad de pagarse 80.000 duros por derechos de tránsito á la Compañía del Canal de Suez.

Si abandono punible hubo para las fuerzas marítimas, no le fueron en zaga las terrestres, porque nuestros infelices soldados

se vieron en la necesidad de luchar casi constantemente sin recibir su paga, haciendo frente, llenos de resignación, al hambre, á la más espantosa miseria, y á todo género de enfermedades que cruelmente los diezmará. Al infortunado y heroico general Vara de Rey se le abandona en Caney á la cabeza de un puñado de valientes, lo mismo que al general Linares.

Otro tanto acontece con el piudonoroso general D. Basilio Augustín en las Filipinas, que nunca llegó á recibir los refuerzos que el gobierno le ofreciera, viéndose al fin obligado á abandonar el país, después de sostener desigual y heroica lucha por espacio de tres meses consecutivos, no autorizando de este modo con su presencia la capitulación de Manila, y evitando al mismo tiempo más derramamiento de sangre, con la prolongación de una resistencia inútil. Sería imposible para nosotros señalar punto por punto, todos y cada uno de los desmanes y errores cometidos por nuestros gobernantes, pues necesitaríamos ocupar muchas páginas, y se haría interminable este libro. Básteme decir, por última vez, que ellos exclusivamente son los responsables de todas nuestras desgracias y calamidades. Tenemos además la convicción de que no está lejano el día en que la luz de la verdad se abra paso, y entonces nuestra desventurada España conocerá á sus pérfidos servidores. No nos hacíamos la ilusión de poder vencer al enemigo, porque este era superior en número y en elementos, pero tampoco hubimos de suponernos que que nuestro Gobierno había de buscar una paz tan denigrante aceptada por el Gabinete de Washington, cuando aún teníamos fundadas probabilidades de continuar luchando, si no para vencer, repetimos, si al menos para conseguir mayores y más honrosas ventajas, al firmar el abominable Protocolo. Es dolorosamente cierto que nuestro aniquilamiento en el mar había sido completo, pero todavía nos quedaban en Cuba más de cien mil hombres dispuestos á pelear hasta el último momento, cuyo ejército había originado no pocos descalabros á las huestas enemigas, máxime cuando éstas comenzaban á diezmarse á causa de las numerosas enfermedades producidas por la falta de aclimatación. Aunque no nos deslumbran los galones ni las charreteras debemos hacer constar que el ejército ha estado á la altura de su elevada misión, habiendo cumplido, en lo general, con su deber luchando hasta morir cuando era preciso, y obedeciendo con toda disciplina las órdenes superiores aunque estas pugnarán con sus convicciones y principios.

Nuestros hombres de Estado, no teniendo armas posibles con que defenderse, pretenden ahora lanzar sobre el ejército el sambenito de la deshonra y del ultraje, descargando en él sin justicia ni razón el peso abrumador de todas las responsabilidades. Los que nos encontramos separados de las altas esferas